

Un Estudio de Caso de Adoración Verdadera versus Falsa Basado en el Encuentro de Jesús con la Mujer Samaritana

De Juan Calvino, *Comentario sobre el Evangelio según Juan*, Vol. I, trad. Rev. William Pringle (Grand Rapids: Baker, 2003), 154-164, énfasis añadido, títulos agregados e idioma actualizado.
Traducido al español por Pedro.

Del Evangelio de Juan, capítulo 4, versículos 1-30.

Juan 4:19 Le dijo la mujer: Señor, me parece que tú eres profeta. **20** Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar. **21** Jesús le dijo: Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre.

Dios revela cómo Él elige ser adorado. Nada es más malvado que idear varias formas de adoración sin la autoridad de la Palabra de Dios.

La mujer samaritana, también conocida como la mujer de Sicar, pasa de lo particular a lo general, y, habiendo sido informada de su pecado, desea ser instruida en general acerca de la *adoración* pura de Dios. Ella toma un curso apropiado y regular, cuando consulta a un *Profeta*, para que no caiga en un error en la *adoración* de Dios. Es como si ella preguntara a Dios mismo de qué manera Él elige ser *adorado*; porque nada es más inicuo [malvado] que idear varios modos de *adoración* sin la autoridad de la palabra de Dios. . . .

Es bien sabido que había una disputa constante entre los judíos y los samaritanos acerca de la verdadera regla de adorar a Dios. Aunque los cutesans y otros extranjeros, que habían sido traídos a Samaria, cuando las diez tribus fueron llevadas al cautiverio, fueron constreñidos por las plagas y castigos de Dios a adoptar las ceremonias de la Ley, y a profesar la adoración del Dios de Israel (como leemos en 2 Reyes 17:27); sin embargo, la religión que tenían era imperfecta y corrompida en muchos sentidos; que no todos los judíos podían soportar. Pero la disputa se enardeció aún más después de que Manasés, hijo del sumo sacerdote Juan y hermano de Jaddus, había construido el templo en el monte Gerizzim, cuando Darío, el último rey de los persas, tenía el gobierno de Judea por mano de Sanbalat, a quien había colocado allí como su lugarteniente. Porque Manasés, habiéndose casado con una hija del gobernador, para no ser inferior a su hermano, se hizo sacerdote allí, y se procuró por medio de sobornos tantos apóstoles como él pudo, como relata Josefo (Antigüedades 11:7:2 y 8:2).¹

¹ Esta historia se basa en el relato bíblico, con detalles históricos adicionales basados en los escritos del estimado historiador judío romano Josefo. Darío III, el último rey de los persas, reinó unos cien años

Los rebeldes religiosos y los hipócritas defienden sus prácticas del culto y la adoración de Dios, apelando a los ejemplos de sus antepasados, la tradición, la historia de la iglesia y "los padres" de la Iglesia.

Nuestros padres adoraban en este monte. Los samaritanos de aquel tiempo, como aprendemos por las palabras de la mujer, lo que es costumbre entre los que se han rebelado contra la verdadera piedad, procuraban protegerse con los ejemplos de los Padres. Es cierto que esta no fue la razón que los indujo a ofrecer sacrificios allí, pero después de haber formado un culto falso y perverso, siguió la obstinación, que fue ingeniosa para inventar excusas. Reconozco, en verdad, que los hombres inestables e irreflexivos a veces se excitan por un celo insensato, como si hubieran sido mordidos por un tábano, de modo que cuando se enteran de que los santos han hecho algo, instantáneamente se aferran al ejemplo sin ningún ejercicio de juicio.

Un segundo defecto es aún más común, y es que toman prestadas las obras de los Padres como un manto para sus errores, y esto se puede ver fácilmente en el Papismo. Pero como este pasaje es una prueba notable de cuán absurdamente actúan los que, despreciando el mandato de Dios, se conforman a los ejemplos de *los Padres*, debemos observar de cuántas maneras peca comúnmente el mundo a este respecto. Porque sucede con frecuencia que la mayoría, sin discriminación, sigue como *Padres* a aquellas personas que son las que menos tienen derecho a ser consideradas *Padres*. Así, en la actualidad percibimos que los Papistas, mientras con la boca abierta declaman acerca de *los Padres*, no dejan lugar a los Profetas y Apóstoles, sino que, cuando han mencionado a algunas personas que merecen ser honradas, reúnen un vasto grupo de hombres como ellos mismos, o al menos descienden a épocas más corruptas en las que, aunque todavía no prevalecía una barbarie tan grosera como la que existe ahora, sin embargo, la religión y la pureza de la doctrina habían declinado mucho. Debemos, por lo tanto, atender cuidadosamente a la distinción, de que nadie puede ser considerado *Padres* sino aquellos que fueron manifiestamente hijos de Dios, y que también, por la eminencia de su piedad, tenían derecho a este honorable rango. Con frecuencia, también, nos equivocamos a este respecto, que por las acciones de *los Padres* establecemos precipitadamente una ley común, porque la multitud no cree que confieran suficiente honor a *los Padres*, si no los excluyen del rango ordinario de los hombres. Así, cuando no recordamos que ellos eran hombres falibles, mezclamos indiscriminadamente sus vicios con sus virtudes. De aquí surge la peor confusión en la conducta de la vida; porque mientras todas las acciones de los hombres deben ser probadas por la regla de la Ley, nosotros sometemos la balanza a aquellas cosas que deben ser pesadas por ella; y, en suma, donde se da tanta importancia a la imitación

después de Artajerres I y el Sanbalat mencionado en el libro de Nehemías. Por lo tanto, parecería que Josefo está confundiendo a Sanbalat con uno de sus sucesores, que también se llamaba Sanbalat.

de *los Padres*, el mundo piensa que no puede haber peligro en pecar según su ejemplo.

Un tercer defecto es una imitación falsa y mal regulada, o irreflexiva; es decir, cuando nosotros, aunque no estemos dotados del mismo espíritu, ni autorizados por el mismo mandamiento, invocamos como ejemplo lo que hizo alguno de *los Padres*; como, por ejemplo, si algún individuo particular resolviera vengarse de las injurias hechas a los hermanos, porque Moisés hizo esto (Éxodo 2:12); o si alguien diera muerte a los fornicarios, porque esto fue hecho por Finees (Números 25:7). Esa furia salvaje al matar a sus propios hijos se originó, como muchos piensan, en el deseo de los judíos de ser como su padre Abraham, como si el mandamiento: "*Ofrece a tu hijo Isaac*" (Génesis 22:2), fuera un mandato general y no más bien una prueba notable de un solo hombre. Semejante falsa imitación es producida generalmente por el orgullo y la excesiva confianza, cuando los hombres reclaman para sí más de lo que tienen derecho a hacer; y cuando cada persona no se mide a sí misma por su propio estándar. Sin embargo, ninguno de ellos es un verdadero imitador de *los Padres*; la mayoría de ellos son monos. Que una parte considerable del monaquismo [el sistema de monjes y monjas] antiguo fluyó de la misma fuente será reconocido por aquellos que examinarán cuidadosamente los escritos de los antiguos. Y, por lo tanto, a menos que escojamos errar por nuestra propia voluntad, siempre debemos ver qué espíritu ha recibido cada persona, qué requiere su llamamiento, qué es adecuado a su condición y qué se le manda hacer.

La adoración falsa ha estado presente desde los primeros días de la Iglesia (por ejemplo, la herejía judaizante en Gálatas). Por lo tanto, es insensato apelar a la historia de la iglesia, a la tradición o a "los padres de la iglesia primitiva" para defender nuestras prácticas. Solo la Escritura debe ser la única regla infalible de fe y práctica. No debemos practicar la ceremonia del antiguo pacto que ha sido abolida ni la tradición hecha por el hombre que más tarde fue inventada por la iglesia Cristiana profesante.

Estrechamente relacionada con esta tercera falta hay otra, a saber, la confusión de los tiempos, cuando los hombres, dedicando toda su atención a los ejemplos de los *Padres*, no consideran que el Señor ha ordenado desde entonces una regla de conducta diferente, que ellos deben seguir. A esta ignorancia hay que atribuir la enorme masa de ceremonias por las cuales la Iglesia ha sido sepultada bajo el Papismo. Inmediatamente después del comienzo de la Iglesia Cristiana, comenzó a errar a este respecto, porque una insensata afectación de copiar las ceremonias judías tuvo una influencia indebida. Los judíos tenían sus sacrificios; y para que los Cristianos no fueran inferiores a ellos en esplendor, se inventó la ceremonia del sacrificio de Cristo [es decir, la misa]: como si la condición de la Iglesia Cristiana fuera a empeorar cuando se acabaran todas esas sombras por las que el resplandor de Cristo pudiera ser oscurecido. Pero después esta furia estalló con más fuerza y se extendió más allá de todos los límites.

Sería un sacrilegio chocante si los cristianos de hoy quemaran incienso, encendieran velas, usaran vestiduras sagradas o usaran altares, vasos y ceremonias de esta naturaleza con fines religiosos.

Para que no caigamos en este error, debemos estar siempre atentos a la regla actual. Antiguamente el incienso, las velas, las vestiduras sagradas, un altar, vasos y ceremonias de esta naturaleza, agradaban a Dios; y la razón era que nada es más precioso o aceptable para Él que la obediencia. Ahora, desde la venida de Cristo, las cosas han cambiado por completo. Debemos, por lo tanto, considerar lo que Él nos ordena bajo el Evangelio, para que no sigamos al azar lo que *los Padres* observaron bajo la Ley; porque lo que en aquel tiempo era una santa observación de la adoración de Dios sería ahora un sacrilegio espantoso.

Desde los días de Moisés, el pueblo de Dios se le ha advertido que haga solo lo que Dios nos ordena hacer en la adoración.

Los samaritanos se extraviaron al no considerar, en el ejemplo de Jacob, cuán ampliamente difería de la condición de su propio tiempo. A los Patriarcas se les permitió erigir altares en todas partes, porque aún no se había fijado el lugar que el Señor eligió después; pero desde el momento en que Dios ordenó que se construyera el templo en el monte Sión, cesó la libertad de la que antes disfrutaban. Por esta razón dijo Moisés: "De aquí en adelante no harás cada uno lo que le parezca bien, sino solo lo que yo te mande" (Deuteronomio 12:8, 14); porque desde el momento en que el Señor dio la ley, Él restringió el verdadero culto de sí mismo a los requisitos de esa ley, aunque anteriormente se disfrutaba de un mayor grado de libertad. Una pretensión similar fue ofrecida por los que adoraban en Betel; porque allí Jacob había ofrecido un sacrificio solemne a Dios, pero después que el Señor había fijado el lugar del sacrificio en Jerusalén, ya no era Betel, *la casa de Dios*, sino Bet-avén, *la casa de la maldad*.

Veamos ahora cuál era el estado de la cuestión. Los samaritanos tenían el ejemplo de los Padres para su regla: los judíos descansaban en el mandamiento de Dios. Esta mujer, aunque hasta ahora había seguido la costumbre de su nación, ella no estaba del todo satisfecha con esa costumbre. Por *adoración* hemos de entender aquí no cualquier tipo de *adoración* (pues las oraciones diarias pueden ofrecerse en cualquier lugar), sino aquella que iba unida a los sacrificios, y que constituía una profesión pública y solemne de religión.

Jesús abolió la tierra santa, el templo en Jerusalén y todos los lugares sagrados. Bajo el nuevo pacto, la adoración de Dios no reconoce distinción de lugar o nación.

21. Mujer, créeme. En la primera parte de esta respuesta, Cristo deja brevemente a un lado el culto ceremonial que había sido establecido bajo la ley; porque cuando dice *que está cerca la hora* en que no habrá un lugar peculiar y fijo para el *culto*, quiere decir que lo que Moisés entregó fue solo por un tiempo, y que ahora se acercaba el tiempo en que *la pared divisoria* (Efesios 2:14) sería derribada. De esta manera Él extiende la

adoración de Dios mucho más allá de sus estrechos límites anteriores, para que los samaritanos puedan llegar a ser partícipes de ella.

Llega la hora. Él usa el tiempo presente en lugar del futuro; pero el significado es que la derogación de la Ley ya está cerca, en lo que se refiere al Templo, y al Sacerdocio, y a otras ceremonias externas. Al llamar a Dios *Padre*, parece contrastarlo indirectamente con *los Padres* que la mujer había mencionado, y transmitir esta instrucción, de que Dios será un *Padre* común para todos, de modo que Él será adorado generalmente sin distinción de lugares o naciones.

JUAN 4:22-26

22. Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. **23** Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. **24** Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren. **25** Le dijo la mujer: Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. **26** Jesús le dijo: Yo soy el que habla contigo.

La verdadera adoración se basa solamente en la Palabra de Dios. Cualquier adoración que no esté basada en las Escrituras está marcada por la superstición y el error.

Ahora explica más ampliamente lo que había visto brevemente acerca de la abolición de la Ley, pero divide la sustancia de su discurso en dos partes. En el primero, acusa de superstición y error la forma de adorar a Dios que había sido usada por los samaritanos, pero testifica que la forma verdadera y lícita fue observada por los judíos. Y Él atribuye la causa de la diferencia, que de la palabra de Dios los judíos obtuvieron certeza en cuanto a su culto, mientras que los samaritanos no recibieron nada seguro de la boca de Dios. En la segunda parte, Él declara que las ceremonias observadas hasta entonces por los judíos pronto llegarían a su fin.

A menos que nuestra religión, a menos que nuestra adoración se base solamente en las Escrituras, no estamos adorando al Dios verdadero, sino más bien a un ídolo o dios falso. Si nos guiamos por nuestras propias opiniones, deseos o "buenas intenciones", nuestra adoración y religión son en vano. Debemos obedecer solamente los mandamientos de Dios y seguir lo que el Señor nos ha prescrito que hagamos en Su Palabra.

22. Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos. Esta es una frase digna de ser recordada, y nos enseña que no debemos intentar nada en la religión precipitadamente o al azar, porque, a menos que haya conocimiento, no es a Dios a quien adoramos, sino a un fantasma o ídolo. Todas las buenas intenciones, como se las llama, son golpeadas por esta sentencia, como por un rayo, porque aprendemos de ella que los hombres no pueden hacer otra cosa que errar, cuando son guiados por su propia opinión sin la palabra o el mandato de Dios. Porque Cristo,

defendiendo la persona y la causa de su nación, muestra que los judíos son muy diferentes de los samaritanos. ¿Y por qué?

Porque la salvación viene de los judíos. Con estas palabras quiere decir que ellos tienen la superioridad en este sentido, que Dios había hecho con ellos un pacto de salvación eterna. Algunos lo restringen a Cristo, que era descendiente de los judíos; y, de hecho, puesto que todas las promesas de Dios fueron confirmadas y ratificadas en Él (2 Corintios 1:20), no hay salvación sino en Él. Pero como no puede haber duda de que Cristo da preferencia a los judíos por este motivo, que no adoran a una deidad desconocida, sino sólo a Dios, que se les reveló a ellos y por quien fueron adoptados como Su pueblo; Por la palabra *salvación* debemos entender la manifestación salvadora que se les había hecho concerniente a la doctrina celestial.

Pero, ¿por qué dice que fue *de los judíos*, cuando más bien fue depositado con ellos, para que sólo ellos pudieran disfrutarlo? Él alude, en mi opinión, a lo que había sido predicho por los Profetas, *que la Ley saldría de Sion* (Isaías 2:3; Miqueas 4:2), porque por un tiempo fueron separados del resto de las naciones con la condición expresa de que el conocimiento puro de Dios fluyera de ellos a todo el mundo. Esto equivale a que Dios no es adorado propiamente sino por la certeza de la fe, que no puede ser producida de otra manera que por la palabra de Dios. De aquí se sigue que todos los que abandonan la palabra caen en idolatría; porque Cristo testifica claramente que un ídolo, o una imaginación de su propio cerebro, es sustituido por Dios, cuando los hombres ignoran al Dios verdadero; y Él acusa de ignorancia a todos aquellos a quienes Dios no se ha revelado, porque tan pronto como somos privados de la luz de Su palabra, reinan las tinieblas y la ceguera.

Los falsos adoradores se apartan de la fe pura del Evangelio para seguir sus propias invenciones y las tradiciones de los hombres. Ellos adoran de acuerdo con su propio juicio o tradiciones humanas, y se adulan y aplauden a sí mismos en su obstinada rebelión. El dios que ellos adoran no es ni santo ni divino, porque es un mero producto de su imaginación, un ídolo.

Debe observarse que los judíos, cuando hubieron dejado de lado traidoramente el pacto de vida eterna que Dios había hecho con sus padres, fueron privados del tesoro que habían disfrutado hasta entonces, porque ellos aún no habían sido expulsados de la Iglesia de Dios. Ahora que niegan al Hijo, no tienen nada en común con el Padre; porque todo aquel que niega al Hijo, no tiene al Padre (1 Juan 2:23). El mismo juicio debe formarse con respecto a todos los que se han desviado de la fe pura del Evangelio a sus propias invenciones y a las tradiciones de los hombres. Aunque los que adoran a Dios según su propio juicio o tradiciones humanas se adulan y aplauden a sí mismos en su obstinación, esta sola palabra, tronando desde el cielo, postra todo lo que ellos imaginan que es divino y santo: *Tú adoras lo que no conoces.* De esto se deduce que, si queremos que nuestra religión sea aprobada por Dios, debe basarse en el conocimiento obtenido de Su palabra.

El Dios verdadero puede ser adorado apropiadamente en todo lugar; No necesitamos ir a templos, catedrales o lugares santos.

23. Pero la hora viene. Sigue ahora la última cláusula, relativa a la derogación del culto, o ceremonias, prescritas por la Ley. Cuando dice *que la hora viene, o vendrá*, muestra que el orden establecido por Moisés no será perpetuo. Cuando Él dice que *la hora ha llegado*, Él pone fin a las ceremonias y declara que *el tiempo de la reforma*, del que habla el Apóstol (Hebreos 9:10), se ha cumplido así. Sin embargo, Él aprueba el Templo, el Sacerdocio y todas las ceremonias relacionadas con ellos, en lo que se refiere al tiempo pasado. Además, para mostrar que Dios no elige ser adorado ni en Jerusalén ni en el monte Gerizzim, Él toma un principio más elevado, que la verdadera adoración de Él consiste en *el espíritu*; porque de aquí se sigue que en todos los lugares Él puede ser debidamente adorado.

Pero la primera pregunta que se presenta aquí es: **¿Por qué, y en qué sentido, se llama *espiritual* a la adoración de Dios?** Para entender esto, debemos prestar atención al contraste entre el espíritu y los emblemas externos, como entre las sombras y la verdad. Se dice que la adoración de Dios consiste *en el espíritu*, porque no es otra cosa que esa fe interior del corazón la que produce la oración, y, luego, la pureza de conciencia y la abnegación, para que podamos dedicarnos a la obediencia a Dios como sacrificios santos.

De aquí surge otra pregunta: **¿No le adoraron *espiritualmente* los Padres bajo la Ley?** Respondo: Como Dios es siempre semejante a sí mismo, desde el principio del mundo Él no aprobó ningún otra adoración que no fuera el espiritual y el que concuerda con Su propia naturaleza. Esto está abundantemente atestiguado por el mismo Moisés, quien declara en muchos pasajes que la Ley no tiene otro objeto que el de que el pueblo se adhiera a Dios con fe y una conciencia pura. Pero los profetas lo declaran aún más claramente cuando atacan con severidad la hipocresía del pueblo, porque ellos pensaban que habían satisfecho a Dios, cuando habían realizado los sacrificios y habían hecho una exhibición externa. No es necesario citar aquí muchas pruebas que se encuentran en todas partes, pero los pasajes más notables son los siguientes: — Salmo 50; Isaías 1:58, 66; Miqueas 5; Amós 7. Pero aunque la adoración de Dios bajo la Ley era espiritual, estaba envuelta en tantas ceremonias externas, que se asemejaba a algo carnal y terrenal. Por esta razón, Pablo llama a las ceremonias *carne* y *los elementos mendigos del mundo* [o, “débiles y pobres rudimentos]” (Gálatas 4:9). De la misma manera, el autor de la Epístola a los Hebreos dice que el antiguo *santuario*, con sus apéndices, era *terrenal* (Hebreos 9:1). Así, podemos decir con justicia que el culto de la Ley era espiritual en su sustancia, pero, en cuanto a su forma, era algo terrenal y carnal, porque toda esa economía, cuya realidad se manifiesta ahora plenamente, consistía en sombras.

Ahora vemos lo que los judíos tenían en común con nosotros, y en qué sentido se diferenciaban de nosotros. En todas las épocas Dios deseaba ser adorado por la fe, la oración, la acción de gracias, la pureza de corazón y la inocencia de vida; y en ningún momento se deleitó en ningún otro sacrificio. Pero bajo la Ley había varias adiciones,

de modo que *el espíritu y la verdad* estaban ocultos bajo formas y sombras, mientras que, ahora que *el velo del templo ha sido rasgado* (Mateo 27:51) nada está oculto ni se oscurece. Ciertamente hay entre nosotros, en el día presente, algunos ejercicios externos de piedad, que nuestra debilidad hace necesarios, pero tal es la moderación y sobriedad de ellos, que no oscurecen la pura verdad de Cristo. En resumen, lo que se exhibía a los padres bajo figuras y sombras, ahora se muestra abiertamente.

La adoración del nuevo pacto difiere marcadamente de la adoración del antiguo pacto (de los judíos) y de mucho de lo que se considera adoración en las iglesias de hoy.

Ahora bien, en el Papado esta distinción no sólo se confunde, sino que se anula por completo, porque allí las sombras no son menos densas de lo que eran antes bajo la religión Judía. No se puede negar que Cristo establece aquí una distinción obvia entre nosotros y los judíos. Cualquiera que sean los subterfugios por los que los Papistas intentan escapar, es evidente que nos diferenciamos de los padres en nada más que en la forma externa, porque mientras ellos adoraban a Dios espiritualmente, estaban obligados a realizar ceremonias, que fueron abolidas por la venida de Cristo. Así, todos los que oprimen a la Iglesia con una multitud excesiva de ceremonias, hacen lo que está en su poder para privar a la Iglesia de la presencia de Cristo. No me detengo a examinar las vanas excusas que alegan, de que muchas personas en la actualidad tienen tanta necesidad de esas ayudas como los judíos tenían en la antigüedad. Es siempre nuestro deber indagar por qué orden el Señor quiso que se gobernara Su Iglesia, porque sólo Él sabe a fondo lo que es conveniente para nosotros. Ahora bien, es cierto que nada está más en desacuerdo con el orden establecido por Dios que la pompa grosera y singularmente carnal que prevalece en el Papismo. El *espíritu* estaba ciertamente oculto por las sombras de la Ley, pero las máscaras del Papado lo desfiguran por completo; y, por lo tanto, no debemos hacer guiños a tan groseras y vergonzosas corrupciones. Cualquiera que sean los argumentos empleados por los hombres ingeniosos, o por aquellos que no tienen suficiente valor para corregir los vicios—que son asuntos dudosos y que deben ser tenidos como indiferentes—ciertamente no se puede tolerar que la regla establecida por Cristo sea violada.

Cristo abolió el culto ceremonial judío del antiguo pacto. Dios está complacido con el culto sencillo y simple y llano de los verdaderos adoradores.

Los verdaderos adoradores. Cristo parece reprobar indirectamente la obstinación de muchos, que después se manifestó, porque sabemos cuán obstinados y contenciosos eran los judíos, cuando se reveló el Evangelio, en la defensa de las ceremonias a las que estaban acostumbrados. Pero esta afirmación tiene un significado aún más amplio; porque, sabiendo que el mundo nunca estaría completamente libre de supersticiones, Él separa así a los adoradores devotos y rectos de los que eran falsos e hipócritas.

Armados con este testimonio, no dudemos en condenar a los Papistas en todas sus invenciones, y en despreciar audazmente sus reproches. ¿Por qué razón tenemos que temer, cuando nos aprendemos de que Dios está complacido con este culto simple y

llana, que es desdeñada por los Papistas, porque no es acompañada por una masa pesada de ceremonias? ¿Y de qué les sirve el ocioso esplendor de la carne, por el cual Cristo declara que el Espíritu se ha apagado?

Lo que es *adorar a Dios en espíritu y verdad* se desprende claramente de lo que ya se ha dicho. Es dejar a un lado los enredos de las ceremonias antiguas, y retener meramente lo que es espiritual en el culto de Dios; porque la *verdad* de la adoración a Dios consiste en *el espíritu*, y las ceremonias no son más que una especie de apéndice. Y aquí también hay que observar que *la verdad* no se compara con la *falsedad*, sino con la adición externa de las figuras de la Ley, de modo que, para usar una expresión común, es la sustancia pura y simple de la adoración espiritual.

Dios está tan lejos de ser como nosotros, que las cosas que más nos agradan son objeto de Su odio y aborrecimiento. Por naturaleza, nos sentimos atraídos por una adoración carnal, ostentosa y frívola. Por lo tanto, cuán insensato es hacer lo que es correcto a nuestros propios ojos, en lugar de simplemente obedecer lo que Dios ha prescrito en Su Palabra. Debemos mirar con sospecha todo lo que es gratificante según la carne. Debemos buscar sólo de Su Palabra la regla por la cual somos gobernados.

24. Dios es un Espíritu. Esta es una confirmación extraída de la naturaleza misma de Dios. Cristo simplemente declara aquí que Su Padre es de naturaleza espiritual y, por lo tanto, no se mueve por asuntos frívolos, como tienden a ser los hombres, a través de la ligereza e inestabilidad de su carácter.

Puesto que los hombres son carne, no debemos maravillarnos de que se deleiten en aquellas cosas que corresponden a su propia disposición. De aquí se deduce que en el culto de Dios inventan muchas cosas que están llenas de ostentación [espectáculo], pero que no tienen solidez. Pero antes que nada deben considerar que tienen que tratar con Dios, que no puede estar más de acuerdo con la carne que el fuego con el agua. Esta sola consideración, cuando la investigación se refiere a la adoración de Dios, debería ser suficiente para refrenar el desenfreno de nuestra mente, que Dios está tan lejos de ser como nosotros, que las cosas que más nos agradan son objeto de Su ira y aborrecimiento. Y si los hipócritas están tan cegados por su propio orgullo, que no temen someter a Dios a su opinión, o más bien a sus deseos ilícitos, sepamos que esta modestia no ocupa el lugar más bajo en el verdadero culto de Dios, para mirar con sospecha todo lo que es gratificante según la carne. Además, como no podemos ascender a la altura de Dios, recordemos que debemos buscar de Su palabra la regla por la cual somos gobernados.

Cristo es el Supremo y Preeminente. Sólo Cristo y sólo Su Palabra deben ser escuchados en la Iglesia. Los líderes de todas las sectas y religiones falsas buscan agregar sus propias invenciones, en lugar de ser reformados por y conformados a solo las Escrituras.

Los cristianos profesantes que no encuentran que la palabra de Dios es suficiente para la fe y la práctica se están alineando con la religión falsa, no con la verdadera Iglesia de Jesucristo. Están edificando su casa sobre arena movediza, en lugar de la Roca, que es el único fundamento seguro (Mateo 7:24-26; 16:18; 1 Corintios 10:4).

25. El Mesías está a punto de venir. Aunque la religión entre los samaritanos estaba corrompida y mezclada con muchos errores, sin embargo, algunos principios tomados de la Ley fueron impresos en sus mentes, como el que se refería al Mesías. Ahora bien, es probable que, cuando la mujer comprobó por el discurso de Cristo de que un cambio muy extraordinario estaba a punto de tener lugar en la Iglesia de Dios, su mente volviera instantáneamente al recuerdo de Cristo, bajo quien esperaba que todas las cosas fueran completamente restauradas. Cuando ella dice *que el Mesías está a punto de venir*, parece que habla del tiempo que está cerca; y, en verdad, es suficientemente evidente por muchos argumentos, que las mentes de los hombres fueron despertadas en todas partes por la esperanza del Mesías, que restauraría los asuntos que estaban miserablemente deteriorados, o más bien, que estaban completamente arruinados. Esto, por lo menos, está fuera de toda controversia, que la mujer prefiere a Cristo a Moisés y a todos los Profetas en el oficio de enseñar; porque ella comprende tres cosas en pocas palabras.

Primero, que la doctrina de la Ley no era absolutamente perfecta, y que en ella no se entregaba más que primeros principios; porque si no hubiera habido algún progreso adicional que hacer, ella no habría dicho que *el Mesías nos dirá todas las cosas*. Hay un contraste implícito entre Él y los Profetas, que es Su oficio peculiar conducir a Sus discípulos a la meta, mientras que los Profetas sólo les habían dado las primeras instrucciones y, por así decirlo, los habían guiado al curso. En segundo lugar, la mujer declara que ella espera un *Cristo* que sea el intérprete de Su Padre, y el maestro e instructor de todos los piadosos. Por último, ella expresa su creencia de que no debemos desear nada mejor o más perfecto que Su doctrina, sino que, por el contrario, este es el objeto más lejano de la sabiduría, más allá del cual es ilícito proceder.

Yo desearía que los que ahora se jactan de ser los pilares de la Iglesia cristiana, por lo menos imitaran a esta pobre mujer, a fin de estar satisfechos con la sencilla doctrina de Cristo, en lugar de pretender no sé qué poder de superintendencia para crear y establecer sus propios invenciones. Porque, ¿de dónde se sacó la religión del Papa y de Mahoma sino de las inicuas adiciones con las que se imaginaban que llevaban la doctrina del Evangelio a un estado de perfección? Como si hubiera estado incompleto sin tales tonterías. Pero el que sea bien instruido en la escuela de Cristo, no pedirá otros instructores, ni los recibirá.

26. Yo soy el que habla contigo. Cuando Él reconoce a la mujer que Él es el Mesías, incuestionablemente se presenta como su Maestro, de acuerdo con la expectativa que ella se había formado; y, por lo tanto, creo que es probable que Él procediera a darle una instrucción más completa, a fin de satisfacer su sed. Tal prueba de Su gracia Él se proponía dar en el caso de esta pobre mujer, para poder testificar a todos que Él nunca

dejó de desempeñar su oficina, cuando deseamos tenerlo como nuestro Maestro. Por lo tanto, no hay peligro de que Él decepcione a uno de aquellos a quienes Él encuentre listos para convertirse en sus discípulos. Pero aquellos que se niegan a someterse a Él, como vemos que lo hacen muchos hombres arrogantes e irreligiosos, o que esperan encontrar en otra parte una sabiduría más perfecta, como lo hacen los mahometanos y los papistas, merecen ser llevados por innumerables encantamientos, y al final ser hundidos en un abismo de errores. De nuevo, con estas palabras: "*Yo que hablo contigo soy el Mesías, el Hijo de Dios*", Él emplea el nombre de *Mesías* como un sello para ratificar la doctrina de Su evangelio; porque debemos recordar que Él fue ungido por el Padre, y que *el Espíritu de Dios reposó en Él*, para que Él nos trajera el mensaje de salvación, así como declara Isaías (Isaías 61:1).

En Mateo 28:18-20, Jesús dijo:

Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.
 Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones,
 Bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo;
 Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado;
 Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.

Enséñales a observar todas las cosas que Dios ha mandado, sin añadir ni quitar de la religión pura, sencilla y santa de Dios.

Deuteronomio 4:2; 12:32; Apocalipsis 22:18-19:

“No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová vuestro Dios que yo os ordene. Cuidarás de hacer todo lo que yo te mando; no añadirás a ello, ni de ello quitarás. Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro.”